**NUESTRA CASA**

 **(LA CASA DE LA MIMOSA)**

Planté el árbol de la mimosa, como última voluntad de mi madre, el 26 de Julio del año 2007 en el jardín de nuestra casa de Ronda donde habíamos nacido, crecido y vivido durante más de treinta años. Nos encontrábamos presentes los siete hermanos con sus respectivas esposas e hijos, menos la mía de la que estaba separado desde hacía un tiempo que, comenzaba a ser largo y por expreso deseo de todos, fui yo el encargado de poner el cepellón del pequeño árbol de poco más de un metro de alto, en el interior del hoyo; por aquello -dijeron mis hermanos- de que yo era el único pelirrojo de la familia y el que, por alguna causa especial imposible de exponer en palabras ya que formaba parte de la sutileza de los sentimientos, había marcado la vida de mis padres y, hasta cierto punto, la unión familiar. Luego, todos, uno a uno, fuimos echando una paletada de tierra hasta llenarlo y también yo fui quien la apelmazó alrededor del tronco y la regué con el agua del grifo de la fuente adosada a la pared de ladrillos que rodeaba la pequeña finca, mansión o simplemente casa, como se quiera llamar.

 Mientras realizaba aquel último acto que cerraba el círculo de la vida de mis padres, llegó a mi memoria de manera incongruente, como siempre llegan estos recuerdos, el momento en el que, cuando tenía siete años, me rompí un diente en un golpe contra la pileta semicircular de la fuente, mientras jugaba con mis dos hermanos mayores, Cristóbal y Joaquín. Aquel simple recuerdo fue el detonador de mis lágrimas que surgieron de mis ojos como un caudal imposible de frenar. Mi fortaleza se había desmoronado.

 La muerte reciente de mis padres en el plazo de dos meses una de otra, nos había impactado a todos profundamente. Aun siendo conscientes de su avanzada edad, mi padre setenta y nueve y mi madre setenta y cinco, todavía no se nos había ocurrido pensar en su desaparición y menos con tan poca diferencia de tiempo.

 Sucedió aquel domingo en que celebrábamos sus bodas de oro. La armonía destacó durante las horas de la comida en familia. Fotos que se tomaron como recuerdo de la fecha, palabras de amor que escuchamos con cierta envidia por no haber podido conseguir de nuestras parejas aquel cariño profundo que nuestros padres se profesaban. Bromas a causa de su avanzada edad y sus deseos todavía despiertos y la despedida. Poco a poco, pero también casi al mismo tiempo en ese goteo de marcha lento, los fuimos dejando solos y felices. Cada uno volvía con su familia a su hogar; los siete estábamos en Madrid en aquel momento y cada cual tenía su residencia en la capital, unos por matrimonio, otros un piso prestado por familiares políticos para una estancia de unos cuantos días y así, mi padre y mi madre se quedaron solos a recordar su vida matrimonial que se alargaba en el tiempo en un ático hermoso que había pertenecido a mi madre desde su soltería. Era el piso que habitábamos cuando, en nuestra vida en común, nos trasladábamos a Madrid, cosa que hacíamos con bastante frecuencia y que, más tarde, al llegar el momento del retiro en su profesión de mi padre, sirvió de residencia fija cambiando la casa de Ronda por la de Madrid.

 Nada más entrar por la puerta de mi pequeño piso de la calle Reyes Magos en el barrio de Retiro, sonó el móvil. La voz siempre serena de mi hermano Cristóbal me avisaba de una llamada de nuestra madre. No pasaba nada anormal, pero sus palabras haciendo hincapié en un cansancio poco común del que, de pronto, había comenzado a quejarse mi padre, lo inquietaron. Lo había tenido que sentar en el sofá -le dijo- y se encontraba muy postrado. Cristóbal creía que debíamos acercarnos los tres mayores, por si acaso pudiera ser algo más grave, mamá necesitaba compañía.

 No sé por qué me entretuve en simplezas, el caso es que llegué el último. Mi padre estaba tranquilo, pero triste, apenas hablaba y nos pidió que le ayudáramos a acostarse. Según estaba, sin desvestirlo, lo tumbamos en su lecho y allí habló sus últimas palabras. Dirigiéndose a mi madre le dijo:

-Ven, Carmen. Échate aquí, a mi lado, quiero abrazarte.

 Mi madre se acurrucó entre sus brazos como una niña pequeña ante la mirada atónita de los tres. Mi padre acercó su cara, le dio un beso largo, suave pero firme. Murmuró un "te quiero mucho" que todos pudimos oír, dio una larga exhalación y espiró. Su corazón le dijo "no".

 La tristeza aumentó cuando pudimos comprobar la desolación de mi madre. Supimos con claridad que no quería seguir viviendo sin aquel amor de toda su vida, no sabía vivir sin él. Ella nos informó del deseo de nuestro padre de ser incinerado y de que sus cenizas se enterraran en el jardín de la casa de Ronda pero, cuando llegado el momento, requerimos su aprobación para realizarlo, se quedó pensativa durante unos instantes, luego nos miró uno a uno con aquellos ojos claros que no habían perdido viveza, solamente los cubría un velo triste que aumentaba su hermosura, y estrechando entre sus brazos la pequeña urna donde descansaban los restos de nuestro padre, nos dijo:

-No. Todavía no es el momento. Quiero que se quede conmigo durante un tiempo... quiero hablar con él... recordar nuestra vida... decirle cuánto le he querido...

 La urna permaneció en el ático de Madrid sólo dos meses. Unos días antes de su muerte, mi madre nos reunió. No se la veía enferma, tal vez algo pálida, cansada. Apenas comió aquel día, quería comunicarnos su deseo y quedarse otra vez sola.

-Quiero que quede bien claro -nos dijo cuando ya tomábamos el café que ella preparaba como nadie- las cenizas de vuestro padre se quedarán conmigo hasta el día de mi muerte y cuando yo muera os pido que mezcléis mis cenizas con las suyas y las enterréis en el jardín de nuestra casa de Ronda como él lo deseaba. Buscar el mejor sitio y plantar sobre ellas un árbol de mimosa. Siempre deseé tener uno y, no sé por qué, jamás lo conseguí. Esa será nuestra tumba.

 Una semana después, no respondió a nuestras llamadas. La encontramos muerta en su cama, no pudimos descubrir el motivo. Su corazón, lo mismo que el de nuestro padre, se había parado.

 Aquel día, 26 de Julio, el deseo de mi madre se acababa de realizar y yo tomé una decisión. Me quedaba con la casa de Ronda, volvería a ser mi residencia. Mi profesión de abogado criminalista con bufete propio, me permitía libertad de movimientos así que no había problemas. Siempre conservaría mi piso en Madrid pero mi residencia estaría allí, en aquella casa, ya me las arreglaría de alguna forma para trasladarme de una ciudad a otra cuando fuera necesario.

 Mis hermanos aceptaron mi decisión con satisfacción y cuando les dije que pensaba pagarles la parte correspondiente que a cada uno le tocase del valor de la casa, Cristóbal tomó la palabra para decidir sobre el asunto. Seguiría siendo nuestra casa, la de todos. Nadie tendría que pagar nada por ella a los demás, quien decidiera residir allí se encargaría de su mantenimiento hasta su muerte y, entonces, pasaría a otro hermano, el que así lo deseara y si no había ningún candidato se echaría a suertes, pero la casa siempre estaría en manos de uno de nosotros, de la familia Martín Rodero. Ni se vendería ni se perdería. Allí estaban nuestras raíces, los restos de nuestros padres, el recuerdo de toda nuestra vida. Siempre sería nuestra casa.

 El tiempo veraniego permitía la coincidencia de las vacaciones y eso me dio tiempo para formar en mi mente la nueva ubicación de mi vida. Acondicioné la casa a mi gusto, me rodeé de lo necesario y lo deseado y sólo dejé en el piso de Madrid, lo que necesitaba para usar en mi trabajo cuando tuviera que trasladarme a la gran ciudad.

 Al verme solo, acompañado de tantos recuerdos, muebles, cuadros, pinturas, utensilios casi olvidados, me llené de un deseo de retroceder en la vida, y busqué las fotos familiares. Álbumes y cajas llenas de fotografías sin clasificar de toda una vida muy intensa de una familia numerosa como la nuestra. Así comencé a descubrir la historia, nuestra historia, mi historia.